

Compte rendu de "Nueva Luz sobre los lacandones", *Boletín del Archivo Histórico Diocesano*, Vol. II, Nos. 5-6, octubre de 1985, INAREMAC, SLC, San Cristóbal de Las Casas.

Mientras los últimos *hach winik*¹ de Chiapas atraen la atención de los etnólogos (y demás aventureros selváticos), sus antepasados no dejan en paz a los historiadores, quienes se empeñan, desde hace varias décadas, en determinar su origen, reconstruir las secuencias de su pasado y encontrarles probables puntos de partida, a lo largo del amplio territorio de lengua mayance que cubre las tierras bajas peninsulares, trepa las altiplanicies del centro de Chiapas y se pierde en los montes y las selvas del Petén guatemalteco.

El origen de los lacandones sigue siendo el centro de una remota polémica que opone los planteamientos de los seguidores de J.E. Thompson² a los de Bruce³ (los *hach winik* de hoy son los últimos Señores de Palenque, o sea autóctonos selváticos). Para defender sus puntos de vista respectivos, los lingüistas, arqueólogos, historiadores y demás miembros de la corporación han desplegado gran cantidad de documentos (pruebas irrefutables de orden etnográfico o lingüístico) y han recurrido también a los mitos, a los rituales, a elementos de cultura material y de organización social, etc., con el fin de establecer la línea divisoria o el paralelismo que fundamentaría sus respectivas hipótesis.

El primer arqueólogo en estudiar dicho insólito parecido y proponer la sugerencia de un origen cultural y lingüísticamente común entre los lacandones contemporáneos y los yucatecos fue Morley.⁴ Su estudio, retomado por Thompson (y luego por De Vos, Nations, etc.),⁵ fue ampliado hasta conformar la tesis "oficial" que plantea que los lacandones históricos fueron diezmados por los colonizadores, en el transcurso del siglo XVII y que los conocidos como tales en la actualidad son migrantes de recién ingreso en la escena selvática, provenientes de las tierras bajas, que se internaron por oleadas sucesivas en territorio chiapaneco, huyendo de las concentraciones misioneras y buscando refugio y olvido en lo profundo del monte tropical.

El Boletín del Archivo Diocesano (de octubre de 1985), editado por el INAREMAC en mayo de 1986, reabre el expediente historiográfico de los lacandones, ordenando cronológicamente una serie de documentos, algunos inéditos, encontrados en el archivo diocesano de San Cristóbal de Las Casas. Cuidadosamente paleografiados y transcritos, dichos manuscritos pretenden arrojar una nueva luz sobre el misterioso origen de los pobladores de Naha, Metzabok y Lacanja Chansayab y permiten a los investigadores del INAREMAC exponer sus sugerencias al respecto. Según dicho material, podríamos identificar cuatro épocas sucesivas de poblamiento en la selva:

- La primera correspondería evidentemente a los lacandones históricos, hablantes de chol, que fueron conquistados, reclusos y exterminados probablemente en el transcurso de la última década del siglo XVII, en el pueblo de Dolores (documentos 1 y 2).

- La segunda época pone en evidencia la aparición de un nuevo grupo de habla chol, alrededor de 1778, a los que logra convencer el padre José Manuel Calderón, párroco de Palenque, de que se instalen en la pequeña aldea de San José de Gracia Real. A la muerte del sacerdote, antes de iniciarse el siglo XIX, se diseminaron los residentes de San José (documentos 3-6).

- En 1799 aparece un nuevo grupo al sur del actual estado, en los límites con el Petén; sus integrantes hablan un dialecto yucateco; son ariscos y no se logra convencerlos de dejarse bautizar, como lo hicieron los lacandones de San José de Gracia Real. Se les pierde pronto la pista por no llegar a un acuerdo en cuanto a la forma de poderlos catequizar (documentos 7-13).

- La cuarta época comienza alrededor de 1850, con la llegada de nuevos lacandones (llamados en el texto "caribes", lo cual significa "rebeldes", "salvajes", etc.) de los que se dice poco en cuanto a sus costumbres o procedencia. Son "nómadas" y se les describe como furtivos y ariscos. Se les asinila a los mayas rebeldes de la península de Yucatán por traer consigo a una mujer de tez clara que pudiera haber sido robada durante los enfrentamientos de la Guerra de Castas. No obstante, tal hipótesis parece poco seria. En efecto, resulta muy improbable que un grupo de familias mayas peninsulares, huyendo de la violenta represión que amenazaba las comunidades indígenas del actual estado de Quintana Roo, pudiera haber logrado en menos de diez años (es decir entre 1847 y 1855) una perfecta adaptación al medio inhóspito de la selva tropical, olvidando

1. "Verdaderos hombres" en maya.

2. J.E. Thompson, *Historia y religión de los mayas*, Siglo XXI, México, 1975.

3. R. Bruce, "The Popol Vuh and the Book of Chank'en", *Estudios de cultura maya*, Vol. X, pp. 173-208.

4. Sylvanus Morley, *Mayas y lacandones*, INI, México, 1981.

5. J.E. Thompson, *op. cit.*; J. De Vos, *La paz de Dios y del rey; la conquista de la selva lacandona, (1525-1821)*, FONAPAS Chiapas, México, 1980; J. Nations, *Population Ecology of the Lacandon Maya*, tesis, Dallas, 1979.

dos siglos y medio de historia colonial y relegando elementos de cultura hispana y por ende cristiana, con tal de volverse nuevamente idólatras y politeístas, recuperando así mismo un amplio acervo de conocimientos mítológicos y prácticas rituales casi completamente caídas en desuso en el área peninsular desde hacía casi dos siglos.

De no ser por esas conclusiones apresuradas e insuficientemente fundamentadas, el Boletín tiene el mérito de aportar nuevos documentos históricos para retroalimentar la polémica en cuanto al origen lejano de los mayas lacandones. Mientras se llega a un consenso al respecto, la única prueba de irrefutable autenticidad que los vincula a su pasado sigue siendo su idioma indudablemente yucateco; pero ese lejano punto de partida únicamente lo hace a nivel temporal por lo que habría quizás que retomar otras pistas y diseñar nuevas hipótesis para hablar del largo camino recorrido a lo largo de los siglos por los *hach winik* de Chiapas; camino que pudo haberlos llevado a convivir durante largos períodos en territorios limítrofes, con sus vecinos quejaches⁶ de Campeche o itzaes del Petén⁷ y tal vez inclusive a fusionarse o identificarse con ellos.

Lo cierto es que las nieblas del tiempo han recubierto parcialmente las sendas recorridas por esos moradores de la selva y se necesitarán todavía más documentos históricos y manuscritos testimoniales (si es que todavía exis-

ten), para poder establecer una hipótesis que no sea dictada por la antropología ficción.

Marie-Odile Marion Singer

Compte rendu de *Contes et mythologie des Indiens Lacandons*, par Didier Boremanse, L'Harmattan, 407 pp., Paris, 1986.

Au coeur de la haute forêt tropicale, aux confins du Mexique méridional, vivent les Lacandons; une poignée de familles indigènes, rassemblées dans trois petits villages qui se reproduisent sur la base d'une agriculture sur brûlis, de la chasse, de la pêche et de la cueillette de plantes sylvestres. Les Lacandons ont été maintes fois visités, observés et étudiés; ils ont donc appris à se méfier des chercheurs de *chicle*¹, des chasseurs de crocodiles ou des bûcherons; ils ont fait, au cours des dernières décades, l'expérience de

bonnes ou mauvaises rencontres avec les touristes, les ethnologues, les aventuriers ou les chasseurs d'images exotiques. Tous ces échanges ont produit des récits, des photos, des livres et même des films qui nous ont présenté cet insolite petit peuple de la forêt à la longue chevelure et aux blanches tuniques, en les décrivant tour à tour comme des êtres farouches, agressifs, chaleureux ou hostiles.

Depuis les visites de Brasseur de Bourbourg ou de Désiré Charnay, au cours du siècle dernier, des anthropologues des plus diverses origines ont partagé en de nombreuses occasions la vie des Vrais Hommes² de la forêt, et ont produit une littérature très variée, tant en ce qui concerne la quantité des données qui s'y amoncellent (en se contredisant parfois), que la qualité des analyses et la valeur des interprétations qui s'en détachent.

L'un des plus récents spécialistes de l'ethnologie des Mayas de la forêt est Didier Boremanse. Ethnologue belge, formé dans la stricte tradition de l'ethnologie anglaise par J.E. Thompson, Boremanse a vécu, au cours des quinze dernières années, de longs mois dans les villages de *Hach Winik* et a synthétisé les résultats de ses recherches dans des travaux spécialisés, tour à tour sur l'organisation sociale, le système de parenté, la tradition orale. Son dernier livre est une transcription de nombreux récits qui rassemblent les principaux éléments de la cosmologie indienne et offrent une vision d'ensemble des traits les plus marquants de l'histoire, de la culture et de la religion des Lacandons.

6. Al respecto consultar A. Villa Rojas, "Los quejaches, tribu olvidada del antiguo Yucatán", *Revista de estudios antropológicos*, Tomo XVIII, pp. 97-116.

7. J.E. Thompson, *The Itzas of Tayasal, Peten*, Homenaje al Dr. A. Caso, 1951, pp. 389-400.

1. Résine du sapotier qui était utilisée pour fabriquer de la gomme à mâcher.

2. Les Lacandons se qualifient eux-mêmes de *Hach Winik*, ce qui, en maya, signifie les "Vrais Hommes".

Durant des années, Boremanse enregistra patiemment les récits les plus divers, certains se répétant dans des versions différentes, contradictoires ou complémentaires; sa parfaite connaissance des deux dialectes mayas parlés par les Lacandons du nord (Naha) et du sud (Lacanja Chansayab) lui permit d'en réaliser la traduction, avant d'organiser la séquence des différents récits, de telle sorte qu'il pût offrir un document tout à fait homogène, où les textes se suivent, se complètent et s'enchaînent, jusqu'à reconstruire la mosaïque complexe de l'histoire et de la tradition orale pensée, reproduite et exprimée par les Indiens eux-mêmes.

Les termes techniques, les détails ethnographiques, les noms de divinités et leur rôle dans la reproduction cosmogonique de l'univers et de la société sont parfaitement expliqués par l'auteur qui documente ainsi son ouvrage par toute une série d'observations aidant le lecteur non averti ou peu spécialisé à poursuivre sa lecture et à en apprécier le contenu.

Le livre est construit autour de deux grands chapitres qui traitent d'une part des récits enregistrés chez les Lacandons septentrionaux et d'autre part des versions fournies par les Lacandons méridionaux. Cet exposé comparatif permet d'établir des rapports d'opposition entre les deux groupes; les matériaux de base sont parfaitement similaires, mais les formes d'expression, certains personnages et une foule d'éléments de type ethnographique incitent à réaliser une étude plus approfondie des caractéristiques particulières de chaque groupe. Boremanse ne s'engage pas dans ce genre d'analyse, ce n'est du reste pas son propos. Il ne fait qu'exposer les matériaux, mais cela représente déjà un pas gigantesque sur un terrain qui était beaucoup moins défriché que la forêt

où vivent les Lacandons. Quelques anthropologues l'avaient évidemment précédé dans les décades antérieures³, mais aucun n'avait réalisé une exposition aussi complète des différents genres de littérature orale maya lacandone.

Les textes édités par Boremanse se réfèrent tout d'abord à la cosmologie traditionnelle; ils nous apprennent comment furent créés l'univers, les dieux et les hommes; ils parlent des êtres bienfaisants qui protègent l'humanité, des personnages mythiques qui interviennent dans la reproduction du monde, le cycle des saisons ou le mouvement des astres et qui régissent l'ordre naturel, tout autant que la stabilité sociale. Ils décrivent le monde surnaturel au cours de ses différentes étapes, au hasard des désastres et des cataclysmes; ils évoquent les affrontements entre les divinités et les périls qui en découlent pour l'humanité. Ce sont, par là-même, des récits historiques, qui reconstruisent le passé cyclique, expliquent le présent et annoncent l'avenir dans la meilleure tradition de la pensée millénariste maya. Ce sont des mythes d'origine qui rappellent l'apparition du feu, de l'arc et des flèches, des êtres humains et des animaux, des clans et des lignages. Ils racontent le rôle joué par le jaguar, personnage fondamental de la pensée mythologique des Indiens d'Amérique⁴; l'origine des technologies et de certaines règles d'organisation sociale telles que la polygamie, l'uxorilocalité ou le service post-marital.

D'autres contes sont des mises en garde, des récits de socialisation, l'exposé des règles à ne point transgresser. Et puis, il y a les récits fantastiques, peuplés d'êtres doués de vertus ou de pouvoirs particuliers, les relations qu'ils établissent avec les hommes, les dieux et le monde naturel, ainsi que les leçons qu'il convient de tirer de leurs expériences et de leurs exploits.

Viennent enfin les contes écologiques, visant au maintien de l'équilibre entre les hommes et la nature, qui mettent en scène les protecteurs des animaux et des plantes et prétendent établir les règles d'échange et de complémentarité mutuelle qui doivent être respectées au coeur de la forêt.

Tour à tour empreints de brutalité et de tendresse, de résignation ou de rébellion, expression des angoisses et des espoirs des narrateurs, ces récits sont d'authentiques témoignages de la richesse culturelle, tant matérielle que spirituelle, de la société qu'ils illustrent. Adroitement documentés et annotés par Boremanse, ils représentent un exposé ethnographique précis et varié qui constitue tout autant un attrayant document de divulgation que le matériel de consultation dorénavant obligatoire de tout ethnologue préoccupé par la culture des *Hach Winik* du Chiapas.

Marie-Odile Marion Singer

3. Et particulièrement Robert Bruce, *El libro de Chan K'in*, INAH, México, 1974, et *Textos y dibujos lacandonos de Naha*, INAH, México, 1976.

4. Cf. Claude Lévi-Strauss, *Le cru et le cuit*, Plon, Paris, 1974.